

za de su megalomanía; ó la abeja de oro que le regaló Claretie por haber sido del manto de púrpura de Napoleón...

Uno sale de la casa de Víctor Hugo con la convicción de que su candor y su bondad fueron tan grandes como su genio. Ningún hombre fué más feliz con su orgullo ni más prestigioso con su arte. Nadie ha llegado á ser más querido y glorioso en vida que este Cantor. Todo eso—¡oh, regocijo de mi sangre!—en un siglo en que los fracasados del verso y los evangelistas de la imbecilidad iban proclamando, ante las muchedumbres, la inocuidad de los poetas y la irreparable decadencia de la poesía.

LA POLITICA DEL PAUVRE LELIAN

París, 25 de agosto de 1907.

El epígrafe de esta carta hubiera sido el tema de un artículo irónico y paradojal, á la manera de Anatole France, cuando no conocíamos el libro inédito de Verlaine, que acababa de descubrirse, donde ataca la política y la sociedad de su tiempo, y en cuya desordenada prosa se descubre la fe cristiana y la pasión ingenua que florecieron en *Sagesse*. Os he hablado en mi correspondencia anterior, sobre la gloria de un poeta feliz: hoy quiero hablaros de ese Pauvre Lelian que fué uno de los poetas más desgraciados del mundo. Ambos interesan personalmente á la historia de nuestras letras. Hugo tuvo presa de su deslumbramiento á toda la generación anterior, y vástagos suyos retoñaron en cada una de las naciones de América. La generación posterior á 1890 fué hacia Verlaine, en busca de una melodía más pura, de una inquietud más profunda, de una línea más esbelta. En la evolución de la literatura nacional, los dos completan para nosotros la Lira: el uno describiendo los esplendores de la realidad exterior; el

otro esbozando las visiones de su íntimo reino. Se alcanzaron en la vida además; y fueron amigos, con las distancias que van del viejo olímpico y protector, al joven desventurado y lunático. Cuando, después del tiro que disparó contra Rimbaud, la policía de Bélgica le apresara, á quien recurre el desolado Verlaine, es á aquel épico protector de bandidos, y de él recibe en la cárcel de Bruselas esa carta lacónica que comienza con un vocativo afectuoso: «Mon pauvre poète» y concluye con esta frase sibilina: «Courage et revenez au vrai.—Victor Hugo»... Y cuando Verlaine publique *Sagesse* le enviará su poema con una dedicatoria en verso, donde podrá sin irreverencia decirle:

J'ai changé. Comme vous. Mais d'une autre manière.
Tout petit que je suis j'avais aussi le droit
D'une évolution, la bonne, la dernière.

Ambos son, pues, nuestros antepasados; y á despecho de otras influencias más restringidas, no se podrá, sin conocerlos, aquilatar el esfuerzo de pasión ó de arte que han realizado posteriormente los más altos poetas americanos, desde Andrade, en quien prepondera Hugo, hasta Darío, en el cual predomina Verlaine, siendo ambos, de un lado el azul, del otro la púrpura, los colores en que se extrema la gama de los intermediarios matices.

Fuera de esos motivos nacionales, quiero hablaros de este poeta, además, como coronamiento del día verleniano que he pasado hoy en París. He dedicado la mañana á leer un libro póstumo del maestro, que acaba de aparecer; he pasado

la tarde en los jardines de Versalles, donde los grifos de las fuentes y los mármoles de las frondas evocan versos de las «Fêtes Galantes»; y vengo ahora, que es media noche, después de haber cenado con artistas del barrio en un restaurant del Quartier Latin, donde el Pauvre Lelian arrastró su miseria y concluyó sus días...

Quede contento, pues, el joven poeta argentino que al despedirme en Buenos Aires me recomendaba que en su nombre saludase á Verlaine. Pero quiero anticipar que no elijo el asunto para labrar camafeos bizantinos, ó para regocijarme con su música en la soledad de mi torre. Si la afición congénere me lleva hacia tales temas, el corresponsal prefiere vincularlos al interés público, por la actualidad ó el patriotismo—sin excluir lo que hay de eterno y universal en el arte. Mal desdeñaría esa tarea, quien ha proclamado la urgencia de promover en la espiritualidad argentina, la elevación moral que nos falta y la cohesión ideal que necesitamos. No podemos esperar que realice allí esta obra, ni un clero desvinculado de los intereses permanentes de la nación; ni un ejército que aún se subleva; ni una casta universitaria atorada de códigos y anquilosada de formulismo; ni los políticos de chanchullo que viven de la inhibición popular; ni los agiotistas y terratenientes que se ríen de nuestro lirismo hambriento, mientras ellos engordan con la grasa del país. Esa predicación corresponde á los hombres de letras, para modificar un ambiente del cual ellos y el porvenir moral de la república, son las mayores víctimas. En las épocas de transformación de un pueblo, los escritores han realizado con las letras mismas esa ac-

ción eficiente. A raíz de la crisis española, todos los poetas y novelistas se pusieron á predicar un evangelio de la reforma social. Pero he aquí un caso más extraordinario: acaba de descubrirse que el lírico de «La bonne chanson» y de «Les Fêtes galantes», el creador de los poemas más subjetivos y sensuales, el escritor á quien se creía alejado de los hombres dentro de su hermética individualidad, fué también el autor de una violenta literatura de partido, prosa de acción, prosa oratoria, prosa panfletaria. Tal es el libro *Voyage en France par un français* que ha sugerido el título de estas páginas y las precedentes reflexiones. Su reciente hallazgo y publicación, han hecho retoñecer en la actualidad, la memoria del desventurado Verlaine, lo mismo que la edición, casi simultánea, de otro libro referente á su personalidad; libro que recomiendo por ser la más amplia y documentada biografía de esta existencia pintoresca y dramática. En esa biografía, su autor, Edmond Lepelletier, ha cumplido piadosamente un voto del ilustre muerto. «...Que Lepelletier defienda mi reputación... que él me haga conocer mejor cuando yo no exista ya aquí...» había dicho el poeta en un día de calumnias y penas. Y el amigo de juventud ha escrito, con amor y justicia, un sólido alegato ante la posteridad, por la defensa del hombre y la glorificación del escritor.

El descubrimiento del «Voyage» ha sido una sorpresa para todos. Los propios críticos del autor ignoraban su existencia. Verlaine lo había anunciado en la primera edición de «Sagesse», en 1881;

pero como un completo silencio rodeó la aparición de este poema, su anuncio fué olvidado. Ni el público ni la prensa le dispensaron atención á «Sagesse»: el mismo editor Palmé lo había aceptado—después que otros libreros lo rechazaran,—tan sólo bajo la recomendación de personas piadosas que juzgaron lectura edificante sus cantos al Señor y á la Virgen; la tirada fué escasa, la demanda exigua, y los ejemplares desaparecieron, á tal punto que hoy son buscados con infructuoso ahinco por bibliófilos y verlenófilos. El rastro se perdió del todo en el silencio ulterior de Verlaine, que enajenara el manuscrito del «Voyage» en un día de inopia, cediéndolo en pago de alquileres vencidos al dueño de la posada donde vivía. Podréis verlo por el siguiente documento, que ha aparecido junto con el libro: «Je soussigné déclare avoir vendu à M. X...» un manuscrit intitulé: *Voyage en France par un Français*, aussi que les droits d'auteur et de publication pour la somme de deux cents francs, et lui donne toute autorisation de le négocier à son gré.—Paris, le vingt juillet mil huit cent-quatre-vingt-onze.—Paul Verlaine.—Paris, 18, rue Descartes.»

No habiendo conseguido el posadero negociarlo con editores, se decidió á venderlo á M. Delzant, amateur de bibliografía y de letras; y es á su yerno M. Louis Loviot, continuador de las aficiones de su suegro, á quien debemos su reciente publicación. El darlo á luz ha parecido un error á ciertos admiradores del poeta. Se ha creído que este libro de injusticia y de vehemencia le empequeñece. Pero mi opinión no está con ellos. Mal hará quien considere esas páginas como un esfuerzo

de literatura. Trátase en mi sentir de una obra trunca, cuyos desaliñados borradores sólo valen por su apasionado arranque cívico. No es un «Viaje á través de Francia» ni la descripción de sus paisajes, sino un viaje á través de la sociedad y la historia francesas. Libro de injusticia y de vehemencia es, sin duda, y en tal carácter nos interesa como documento psicológico; máxime cuando ya nada podrá empañar el nimbo de gloria que brilla sobre los versos del Pobre Lelian, como nada podría tornar más lóbrega la leyenda de infamia que pesa sobre su vida.

El «Voyage» es una profesión de fe política en favor de la Monarquía y el catolicismo; es un panfleto iracundo contra la República y el sufragio universal. Declara previamente su autor, que sólo el más ardiente amor á la patria ha podido inspirar este libro; y es necesario decir que hay un acento de inequívoca sinceridad, así en el extravío de sus adhesiones como en la injusticia de sus invectivas... Cuando al redoble de los tambores de Santerre, se dijo: «el Rey ha muerto»—escribe en la página 19—se hubiese dicho: «Ha muerto la Francia,» si la guillotina hubiera podido matar la Monarquía, al mismo tiempo que mataba al Monarca.—Y puesto que el viejo credo sobrevive, puesto que vive aún esta Francia horrible que «nos han hecho»—es necesario—«para que pueda volver á ser la bien amada de las naciones y el soldado de Dios—á quien Dios le ha hecho promesas tan solemnes como á su Iglesia»—que todos los franceses celosos del honor inicial y de la esperanza siempre permitida, tengan el coraje de penetrar á través de todos los obstáculos odiosos

y crueles hasta la fuente pura y fuerte de donde mana esa magnífica sangre roja y azul, noble y plebeya, cuya historia fué tan hermosa, que latió lo mismo en las sienas del genio que á los pies de la caridad ó en los costados del mártir, y que corrió sobre todos los justos campos de batalla y donde quiera que Dios deseaba ser glorificado por una muerte preciosa.» (1)—Después de ese prólogo embanderado de metáforas, el Pauvre Lelian entra en materia; pero antes echa una ojeada retrospectiva sobre la Revolución, pues para alumbrar «les vilaines ténèbres» de la actualidad y la política, necesita «interrogar el pasado y encender la lámpara de la historia.» Así va, en ese idioma democrático y jacobino, atacando el jacobinismo y la democracia. Todo lo que ha contribuido á la Francia actual debe ser abominado, y enaltecido todo lo que defendió el antiguo régimen, ó procure restaurarlo. Cuando habla del «nefasto movimiento del siglo XVII» ¿sabéis á qué se refiere? Al Renacimiento y la Reforma. y en frente «del espíritu de insubordinación y de orgullo que implicaba esta doble evolución hacia el mal» (sic)—¿sabéis lo que glorifica?—«La admirable milicia de San Ignacio;—la inteligencia indulgente y la mansedumbre evangélica de los Jesuítas»—que triunfan del monstruo bicéfalo en la medida querida por Dios...» «Pero Satán velaba—dice más adelante con la convicción de un Padre de la Iglesia. Y sobre los altibajos de su singular raciocinio, veis despeñarse después, en todo el resto de la obra, como un ígneo río por el flanco de un cráter, esa onda de su encrespada elocuencia.

Cuando yo concluí de leer este libro creí que se trataba de una superchería. No me sorprendió que al hablar de Napoleón le llamara «advenedizo lleno de odios y frío dictador del azar;» ni que al hablar de Thiers dijera: «ese Thiers deplorable.» Comprendía también que su inteligencia y sensibilidad de poeta, le hiciesen á Verlaine considerar los tiempos actuales, cuyo rigor sufría, «como recrudescencia de lo malo y de lo peor, que señala nuestra época al horror de la posteridad,» y suspirase por una Arcadia quimérica que era para él la Francia antigua, en la cual «el catolicismo imponía su yugo ligero á frentes consagradas y bautizadas.» Igualmente me pareció explicable que con su habitual apasionamiento en materias de crítica literaria, fulminara á todos los grandes maestros de la novela francesa por su incomprensión del problema religioso, sin que se salvara Zola, ni los Goncourt, ni el autor de *Salambó*, «bella cosa horriblemente triste y furiosamente opaca;» ni Alfonso Daudet—«una de mis objeciones contra el «Midi francés,» «inepcia más estúpida que los salones donde triunfó,» «novelista puerilmente anecdótico y en su idioma robado,» juicios que encadena á los adjetivos «deshonesto, ensayista y plagiaro,» para concluir en esta clasificación: «Xavier de Maistre aigrelet et Balzac pour rire.» — Parecióme lógico también, que un poeta magnífico, cuyos versos nadie compraba, juzgara al público «lúgubrememente cretino» por su camaradería con los otros literatos que publicaban á millares sus obras. Toda esta demolición resultaba interesante en un hombre idealista y selecto; pero donde fallaba la unidad de su vida y de sus

ideas, era en sus construcciones políticas y sus predicaciones morales. ¿Sabéis por qué rechaza toda la novela francesa del siglo XIX, de la que apenas respeta á Chateaubriand, no obstante de haber sido el verdadero maestro de Flaubert? «Por la innoble lujuria que ella rebosa, no menos que por el fastidio inseparable del más triste de los pecados.» ¡Y él había sido un Sático!... ¿Sabéis por qué fustiga el Domingo francés y elogia el reposo dominical, seguramente impresionado por los «holydays» que viera en Londres cuando vivió allí con Rimbaud? Porque es el día de la felicidad patriarcal y el de la familia reunida. Y en aquel tiempo, y siempre, estuvo divorciado de su esposa, Mathilde Mauté de Fleurville, la Dalila conyugal, como la ha llamado Lepelletier, sin que alcanzara nunca los goces del hogar el pobre bohemio vagabundo, huésped eterno de tabernas y cárceles y hospitales... «¡Oh, trabajo! ¿quién te predicará mejor, más alegre y meritoriamente que con orden, inteligencia y honorable provecho?» Esto dice en elogio de las virtudes burguesas... ¡y él no había trabajado jamás!... En el capítulo V, supone á su hijo—á quien no conoció siquiera,—en edad de ir á la conscripción, y le expone sus deberes cívicos y militares, aconsejándole sobre todo, huir del alcohol y de las mujeres... ¡Ah, Pauvre Lelian: te acordabas ó te olvidabas al escribir esto, que los enemigos de tu alma habían sido la Carne y el Demonio (el Mundo no, porque á ese nunca lo conociste: la mujer y el Demonio, sí), y que el Demonio había sido para tu alma el alcohol, y el infierno sus paraísos artificiales?...

Toda esa contradicción entre la existencia y las ideas políticas y morales del Pauvre Lelian, se me aclararon más tarde, cuando comprobé que el *Voyage* había sido elaborado, si no en el mismo año, al menos bajo el impulso de la misma conversión religiosa que le inspiró *Sagesse*. Hay un absoluto paralelismo emocional entre ambas obras: el poema explica la génesis sentimental del panfleto, y éste explica la génesis intelectual del poema; ambos prueban recíprocamente sus propias sinceridades, y tal es el interés psicológico que yo atribuyo á este documento político. Si hubiese traído mis libros de Buenos Aires, y no temiera exceder la extensión y la índole habituales de estas cartas, os demostraría esa concordancia secreta, que ha sido también apuntada por Dauphin Meunier en el suplemento literario de *Le Figaro*. Pocas veces un mismo autor, con idéntico tema y bajo el mismo estado espiritual, ha probado como en ambas obras, una aptitud más pura para el verso y una falta mayor de destreza para la expresión de sus ideas en prosa. El *Voyage* es empavesado y oratorio como un editorial de combate; su período enfático se airona de admirativos, ó la frase espontánea se deshilacha en cláusulas incidentales y guiones hasta la vuelta de dos páginas. No alcanza ni siquiera al estilo conceptuoso y nervioso de *Los poetas malditos*. Y su profesión de fe nos parece tan vulgar en prosa, como divina aquella lengua musical y vaga con que la había expresado ya en estrofas inmortales:

Oh, mon Dieu, vous m'avez blessé d'amour...

Verlaine no fué un espíritu razonador. Su psicología, aparentemente tan complicada en los epi-

sodios de su vida, se simplifica en una extrema y pura sensibilidad. Era todo él una eólica red nerviosa vibrando al viento de afuera. No fué hacia la monarquía y al catolicismo por razonamientos ni reflexiones de ningún género, sino por simples emociones de sugestión imaginativa. Cuando Taine quiere formarse una opinión política en su país, escribe los *Origines de la Francia Contemporánea*, y sólo después de haberlo hecho, llega á una noción de diferencia entre el antiguo y el nuevo régimen. Para que el Pauvre Lelian se declare un partidario militante del Rey Sol y un cortesano de Versalles, le bastó haberse paseado por sus jardines una tarde de angustia, interpretando al paso el verso prodigioso que contaban sus gárgolas. Se ha observado que las *Fêtes Galantes* aparecieron después de abierto en el Louvre aquel Salón Lacaze que Angel de Estrada ha descrito en una de sus prosas más hermosas. Lepelletier cree que fué este arte del siglo XVIII lo que inspiró á Verlaine aquellos poemas; y bastaron las evocaciones ó las figuras de Watteau y sus discípulos: los parques rumorosos poblados de mármoles y los lagos sedientos poblados de cisnes—toda la leyenda de galantería que aún embellece los Trianones,—para que el pobre poeta invectivara su tiempo y se declarara reaccionario:

...N'être pas né dans le grand siècle à son déclin,
Quand le soleil couchant si beau, dorait la vie,
Quand Maintenant jetais sur la France ravie,
L'ombre douce et la paix de ses coiffes de lin...

Los errores políticos de quien no ha sido, ni será después de su muerte, un conductor de muchedumbres, no pueden inquietar á la sociedad. San-

tificado sea, por el contrario ese error, si de él puede brotar la chispa inspiradora de una gran obra de belleza, única cosa real y duradera, sobre el tumulto de los tiempos y el vaivén de las revoluciones. Ante la Venus de Milo ó la Victoria de Samotracia, deponen sus banderías todos los hombres de la tierra. Bendigamos la política reaccionaria de Verlaine, si ella nos ha dejado las *Fêtes Galantes*. Bendigamos igualmente su fe católica si ella nos ha dejado *Sagesse*. No olvidemos, por otra parte, que si monárquico en 1880, había sido comunista en 1871 — aunque todo imaginativamente. Un vasto y germinativo dolor, una sensibilidad extrema, una substancial inadaptación al medio, una negra fatalidad,—eso era lo único cierto y constante en su vida, la causa de sus instantes divinos y de sus días bestiales. Horriblemente feo, no conoció una hora de verdadero amor. A las heroínas de sus poemas las vió sólo en sueños. El retrato de Carrière, que vosotros seguramente conocéis, con la cabeza calva y la barba fluyendo sobre la hopalanda oscura, nos le presenta idealizado. Era tan feo, que cuando Lepelletier lo presentó ante su madre, ésta le dijo, después que la visita se hubo retirado: «Dios mío: tu amigo parece un orangután escapado del Jardín de plantas!» Tímido hasta lo enfermizo, no conoció una hora de triunfo. Hombre de letras, sus proyectos de novela ó sus ensayos de teatro fueron sin resultado, y maestro sólo en el más infructuoso y noble de los géneros literarios, al ser interrogado por su profesión en uno de sus procesos, respondería con grave inocencia: «Poète de son état.» Empleado de la Municipalidad, perdiera su em-

pleo después de la Comuna, para no recobrarlo nunca. Amigo demasiado íntimo de Rimbaud, dieran lugar sus equívocas relaciones á las calumnias más atroces. Casado, sólo encontrara la desventura y el desastre en su malogrado hogar. Padre, no conociera á su hijo. Pobre, procesado, difamado, enfermo, rodando de abismo en abismo, hasta el extremo de que el *Parnaso Contemporáneo* de 1876, salió sin su colaboración porque sus camaradas no se la pidieron, y ya ni se atrevían á nombrarlo siquiera; desgarrando la vida de zarza en zarza y cayendo cada vez á lo hondo, á lo hondo, hasta morir en 1896, en el Barrio Latino, sobre un lecho ajeno, y tan sólo asistido en su agonía por la sombra caritativa de su última compañera, Eugenia Krantz,—¿cómo no habrá de ser alcoholista y monarquista y anarquista, y todo lo que quisiera, este inmenso ser sublime y trágico?...

Diez años después de su muerte, el arte lo ha purificado. Poeta eximio, no desdeñó, sin embargo, la prosa de la invectiva contra lo que creía una vergüenza social. Poeta verdadero, abominó la retórica, y lo que salva su obra, es la sangre de vida intensa que circula por todas sus estrofas. Por eso París, que sabe glorificar á sus poetas y comprende que tal es el signo más alto de una civilización, ha dado ya el nombre de Paul Verlaine á una de sus plazas, mientras la comisión popular, de la que forman parte Rodin, Maurice Barrès, León Dierx y el mismo Lepelletier, lleva adelante los trabajos para la erección de un monumento. Algunos desearían que ese monumento fuese erigido en la plaza de los Batignolles, y tal si-

tio ha sido solicitado al Consejo General del Departamento del Sena. En ese barrio de París vivió su juventud y escribió sus primeras poesías. Es en el cementerio de los Batignolles donde reposan sus restos... Desde luego, su estatua no se alzaría sobre un pedestal ciclópeo como la de Hugo; ni dominando una perspectiva de anchas calles como la de Shakespeare; ni frente á un gran Instituto, como la de Dante en los jardines del Colegio de Francia; y no será de bronce como la de Lamartine; ni la acogerá, como á la de Musset, la sombra de la Comédie Française... Estará mejor entre algunos árboles amables, como en la plaza Monge la de Villon, ó la de Armand Silvestre en la fronda cercana al Petit Padel, ó la de Leconte de Lisle en el jardín del Luxemburgo, ó la de Maupassant en Parc Monceau... Para emplazarla en Batignolles, ó en Versalles, ó no importa dónde, yo esculpiría esa estatua en fino mármol de Paros, sin suprimir ni agregar nada á la cabeza mongoloide, barbuda y sensual: extendería á sus pies un lago con heráldicos cisnes y fronda obscura en sus riberas, y dejaría en su diestra la flauta pánica, y daría á su rostro una expresión de arbo para que no supiera el peregrino si, en aquel preciso instante, esa especie de fauno ó de hombre, se había detenido á espiar el cuerpo de una ninfa entre el bosque ó á escuchar una nueva melodía en la circundante arboleda...

GUERRAS DE RELIGION

París, 1.º de noviembre de 1907.

Un poeta que sabe sus deberes de corresponsal, no puede, como fuera su deseo, hablaros siempre en el lenguaje alado de sus rimas. Yo sé, además, que el público no escucha su canto, sino á condición de que aquél, de cuando en cuando, le hable sobre los asuntos que le interesan. Y la cuestión religiosa, que sigue siendo de actualidad en Francia, será siempre de una importancia permanente para toda la humanidad. Sólo que esta Francia de hoy no es ya la de San Bartolomé y las luchas civiles de los Enriques, y las guerras de religión que hoy se plantean, han perdido los épicos alientos de antaño para convertirse en una gresca de teólogos y juristas, que si tentaría la pluma de Balzac, paralizaría, en cambio, el plectro de Hugo. Pues tal es el carácter que la batalla entre el Estado y la Iglesia ha asumido aquí con un nuevo proyecto de ley sobre los bienes eclesiásticos y la liquidación de los que pertenecieron á las congregaciones disueltas, cuyas cuentas acaban de ser presentadas al Presidente de la República por los mi-

nistros de Hacienda y de Justicia. Y como al estudiar esta cuestión me he encontrado con artículos de periódicos y documentos oficiales y discursos parlamentarios, en los cuales se habla de «herederos colaterales» y «acciones reivindicatorias,» yo, que soy un redimido de pandectas y códigos, he debido llamar en auxilio mis reminiscencias universitarias, para explicarlos, de la manera más sencilla, la nueva faz del importante asunto, que si tiene por sus episodios del momento un interés especial para los legistas, no pierde la transcendencia general que se ha reconocido, desde el primer instante, á esta implacable y sañuda campaña de la política francesa.

Cuando se creían concluidas para siempre las guerras de religión, le ha tocado á Francia, el país que otros consideran tan animado por el escepticismo, renovar ante el mundo las antiguas querellas entre el poder civil y la potestad espiritual. Los radicales que hoy tienen en sus manos los instrumentos de gobierno, han dado un espectáculo semejante á la inquisición de las herejías, y han puesto en su designio una voluntad medioeval, fecunda en astucias y crueldades. Lo único que diferencia la guerra actual de las antiguas, es que antes se perseguía en nombre de la Iglesia y del Evangelio, y ahora en nombre del Estado y de la libertad democrática. No sería difícil establecer entre ambos hechos, diferencias históricas muy notables; pero es fácil también comprobar entre ambos, semejanzas morales tan marcadas como las hay entre el castillo y los árboles que se alzan á la orilla de un lago, y la imagen invertida que á sus pies se refleja en el espejo del agua. Hombres mo-

dermos, todos los que han colaborado en la obra, desde Waldeck-Rousseau hasta M. Clemenceau, han aprobado las experiencias de la historia, las enseñanzas de la filosofía, y sin obstinarse en la vana tarea de invadir el santuario inviolable de la conciencia, sino poniendo, por el contrario, su tesón en el propósito de debilitar políticamente á la institución enemiga, han sustituido arcaicos instrumentos de tortura, por procedimientos de ley, que siendo impersonales parecieran más dulces, pero conservando toda la irresistible eficacia de su poder compulsivo.

Después de las leyes sobre interdicción de la libertad de enseñanza y de los privilegios económicos, el Gobierno ha buscado, con un nuevo proyecto, completar la obra de las sanciones anteriores. No solamente se ha querido separar á la Iglesia del Estado, sino subordinar aquella á la autoridad de este último y entregar sus bienes á la administración civil. Dicho proyecto es una argucia jurídica que echa por tierra el principio de la división de los poderes, esencial al verdadero gobierno republicano, pero que M. Briand ha sostenido en la Cámara, ante la invectiva furiosa de los reaccionarios, apoyado por la mayoría omnipotente de los radicales. Mientras el Estado tomaba posesión de los bienes de las congregaciones disueltas y los entregaba á las sociedades laicas á que la ley los destinara, la Iglesia, por medio de sus agentes y de todas las influencias secretas que constituyen su poder, había ido á buscar hasta en los más apartados burgos y parroquias, los herederos directos ó colaterales del antepasado piadoso que instituyera en su favor la fundación de esos mismos bienes. A es-

te paso, según los informes oficiales, la Iglesia había conseguido descubrir 20.000 (1) herederos indirectos de los donatarios ancestrales; y regimentado por ella este formidable ejército fúnebre, se preparaba á lanzarlos contra las instituciones laicas que la habían sucedido en usufructo ó dominio de esos bienes, ó contra el Estado, en último caso, en un devastador desquite constituido por 20.000 litigios de reivindicación, de los cuales, como para demostrar que la amenaza era un peligro verdadero, habíanse iniciado algunos ya ante setenta Tribunales de la República.

En presencia de semejante peligro, el Gobierno ha osado presentar su proyecto que, no solamente implica una limitación del derecho de herencia, sino que importa juzgar por medio del poder legislativo esos 20.000 procesos en masa. Toda la argucia de estos hábiles procuradores consiste en suprimir el párrafo 2.º del artículo 7.º de la ley de 9 de diciembre de 1905 y reemplazarlo por este nuevo texto que transcribo, porque nunca hasta ahora se habían jugado tan vastos intereses por medio de procedimientos tan sutiles. «Las acciones de repetición, reivindicación, revocación ó resolución, concernientes á los bienes devueltos en ejecución del presente artículo, serán sometidas á las reglas prescriptas por el artículo 9.º» Lo cual se ha de interpretar de la siguiente manera, según explica un periódico adicto al Gobierno: «Solamente los autores de donaciones, fundaciones piadosas ó sus herederos directos—con exclusión, por consiguiente, de los colaterales,—serán admitidos en una reivindicación cualquiera, antes de la toma

de posesión por los establecimientos laicos.» Como veis, la cuestión es grave. La derecha ha gritado á la opuesta mayoría que ellos eran los hijos bastardos de la Revolución, que ellos violaban la declaración de los derechos del hombre. Y un breve y pintoresco detalle de la crónica os revelará cuál ha sido el diapasón del debate, y en qué consiste la fuerza de ambos beligerantes. El ferviente M. Delahaye dice: «Los católicos han sabido rechazar con disciplina vuestra separación. ¿Qué diríais vosotros si ellos se levantaran ahora contra los ladrones?»

M. de Baudry d'Asson: ¡Bravo! ¡Bravo!—(Risas en la extrema izquierda).

M. Delahaye: Si nuestros jefes quieren apelar del Parlamento, ante el pueblo francés, con la expoliación de nuestros monumentos, de nuestros vasos sagrados, estamos prontos á seguirlos para defender hasta el término nuestros derechos. Lo que nuestros padres no han abandonado á los bárbaros, á los sarracenos, á los jacobinos, no queremos nosotros abandonarlo á sus sucesores, M. Aristides Briand y sus cómplices. Si nuestros obispos hablan así, mostrando el camino de la prisión y del sacrificio, vuestros ministros cambiarían de tono...

(M. Briand levanta los brazos al cielo, pero sin decir nada).

Hay en aquella risa irónica de la izquierda y en este gesto mudo y elocuente de Briand, esa cosa irritante y desconsoladora de todas las mayorías parlamentarias, sin otra ley que su fuerza, siempre seguras de su triunfo, inmovibles á la sinceridad ajena ó á la ternura. Hay, en cambio,

en las palabras de M. Delahaye, el desvarío de un alucinado, que aún espera, como en tiempo de las cruzadas, la predicación guerrera de los obispos, y que aún cree en la existencia de católicos dispuestos al cadalso, por un ideal que ha languidecido en sus almas y por un culto que es apenas la corteza del árbol roído en su médula por los siglos. Y esta crisis del catolicismo en Europa, ha sido proclamada en estos días por un católico insospechable como M. de Mun, que en 1885, cuando comenzaba en Francia esta nueva guerra de religión que aún no ha concluído y que nadie sabe cómo concluirá, pretendió organizar aquí el partido católico, y desistió de la tentativa para obedecer un consejo de León XIII. Y M. de Mun ha dicho públicamente esta palabra de desilusión y de alarma, con motivo de sucesos que van de golpe en golpe demoliendo los muros de la vieja basílica: «La separación ha roto el cuadro antiguo, desgarrado las apariencias, y he aquí que el peligro aparece á todas las miradas. A pesar de la persistencia de los hábitos, magüer el resto de fe que aún sobrevive en él, el pueblo se ha separado cada vez más de la Iglesia. Casi en todas partes los católicos han perdido su confianza.» En tal ambiente, arengas como la de M. Delahaye, no pueden ya alcanzar las graves resonancias de la tragedia, sino desvanecerse en un falso énfasis de melodrama.

No ha pasado lo mismo, sin embargo, cuando M. Labori y M. Jeanneney han hablado para oponerse al proyecto. Ambos han hablado breve y serenamente. Ambos son republicanos; partidarios de la orientación general de este gobierno, se han destacado del bloque tan sólo para exponer escri-

pulos de juristas, para salvar inquietudes de conciencia. Por el contrario, M. Jeanneney no cree, como se dice en la derecha, que la ley de separación sea una ley de expoliación: pero si la ley es clara, como dice M. Briand, no hay para qué substituir su texto, y si lo que se pide al Parlamento es una «interpretación», ésta corresponde á los Tribunales. M. Labori, por su parte, cree que lo que se pide á la Cámara es que juzgue de un solo golpe 20.000 procesos, y en tal caso, ya no se trata de la Iglesia, sino de particulares, que pueden muy bien ser anticlericales. La palabra de ambos produce sensación; pero M. Briand pide que no se dé oído á esas razones; que los juriconsultos católicos han enviado circulares á todos los curatos recomendándoles buscar los herederos más alejados, proponerles tomar sus procesos al 25 por 100, y que todos esos litigantes van á un desastre seguro, «si el legislador no se apresura á aclarar el pensamiento de la ley de 1905.» Lo que se quiere es pasar, seguir adelante; llevar hasta sus consecuencias posteriores la campaña liberal iniciada hace un cuarto de siglo; transformar radicalmente el alma del pueblo y la constitución del Estado en una lucha incruenta, que no por ser sin sangre resulta menos trascendental: abrir ruta nueva en el viejo bosque, pegando aquí hachazo al tronco y allí fuego á la breña—ruta nueva hacia quien sabe qué ignota ribera ó desconocida montaña.

Los católicos, entretanto, se arremolinan y se debaten en la impotencia, por defenderse de lo que ellos llaman «la persecución,» y que lo es, en efecto, como en los tiempos de la Reina Isabel de In-

glattera, cuando hasta se les cerró el acceso á los puestos públicos. M. Piou organiza su liga de la «Acción liberal popular,» nombre bajo el cual se enmascaran propósitos eclesiásticos, ya tan sin prestigio en el pueblo, que ni siquiera confiesan su verdadera divisa. M. Julien de Narfon hace una encuesta entre los obispos, sobre la necesidad de organizar un partido católico, con fines electorales, y sobre cuál debe ser su táctica y su programa en los actuales momentos. Algunos prelados, ahitos de decepción, se abstienen; pero otros de alma combativa, como monseñor Donais, obispo de Beauvais, le responde: «Que los católicos se concentren, se entiendan, se agrupen; que para defenderse mejor, ataquen, á fin de prevenir la nueva carga ofensiva; que se organicen fuertemente por diócesis, por provincias eclesiásticas, por regiones, en la Francia entera; así lo exige la situación actual, que nosotros hemos querido, á toda costa, evitar á nuestro país.» Por su parte, la prensa adicta á ellos procura desprestigiar á los liberales y toma ahora, como cabeza de proceso, la memoria de los ministros Caillaux y Guyot-Desaigne sobre la liquidación de las congregaciones disueltas. En 1900, M. Waldeck-Rousseau, al iniciarse esta política contra las manos muertas, había dicho que se podía calcular en mil millones de francos los bienes que detentaban las corporaciones religiosas, y resulta de esa memoria que los liquidadores sólo han conseguido entregar 190.000 francos. Hay en esto, por parte de la prensa católica, una interpretación capciosa de los hechos, puesto que se omiten cifras importantes que explican ese resultado, de una operación que, además,

no ha concluído aún, pues de las 677 liquidaciones ordenadas, sólo han finalizado 115. Pero el contraste violento de las dos primeras cantidades, basta para impresionar á los secuaces, sobre todo si se les deja comprender que el resto se ha desvanecido en mano de los liquidadores, y para comprobarlo se publican, extraídas de la misma Memoria, las cuentas de lo que se ha pagado por servicios forenses á numerosos abogados, casi todos ex-ministros ó ex-diputados de la tercera república. Así, por ejemplo, M. Paul Faure, antiguo diputado de Vaucluse, 96.000 francos; Thevenet, ex-ministro de Justicia, 40.000; R. Peret, de la Vienne, 48.000; Ricard, ex-ministro de Justicia, 46.000; Millerand (1), 53.600. Y otros así. A propósito de este episodio de la guerra de religión en Francia, podría repetir algunas reflexiones que escribí en mi primera carta, sobre la crisis del Mediodía. Ya veis cómo en todas partes la política, vista en el individuo, se empequeñece hasta la medida de nuestras necesidades y nuestros apetitos. En cambio, cuando los hechos pasen, cuando la vida se convierta en historia, sólo veremos las muchedumbres en fervor, los ideales que las agitaron, las perspectivas épicas; y al abarcar las grandes masas, no repararemos en los 53.000 francos del señor Millerand, sino en los mil millones que era necesario arrancar á la mano muerta de las congregaciones. Las luchas sociales son como un río fecundador, y fuerza es que lleven lama y limo en las olas de su torrente.

En medio de esta controversia, el antedicho M. de Mun se ha manifestado también en favor de la acción electoral de los católicos. El está en

contra de los que creen que esto sería identificar los intereses de la religión con los de la política. Piensa que esta idea de abstención «es la fórmula dulcificada del error funesto de que ha nacido todo el equívoco revolucionario, quiero decir, la separación radical de la política y de la religión, primer paso en el camino que conduce á la hostilidad de la una contra la otra.» Como veis, sus palabras parecen lamentar, tímidamente, esas hostilidades, en las cuales le ha tocado la peor parte á la religión; pero si hay alguna institución social, que, habiendo llegado la hora de su decadencia, tiene que resignarse á las persecuciones, es la Iglesia, que fraguó con esos mismos procedimientos su poderío. La hostilidad al catolicismo no ha nacido en Francia de un equívoco revolucionario: la República no podía transar con la Iglesia, que se había pronunciado en contra de la escuela democrática y de la familia democrática, prefiriendo azaras alianzas con los restos sobrevivientes del antiguo régimen. La República ha sido lógica consigo misma en su conducta, y si ha llegado hasta violar las libertades en esta guerra sin cuartel, ha sido porque no podía respetarlas cuando se las invocaba en contra de su propia existencia.

Algunos espíritus, en nuestro país, alucinados por este movimiento de la política francesa—pues la distancia geográfica da perspectivas semejantes á las distancias de la historia,—desearían ver reproducido el espectáculo en tierras de América. Pero es necesario recordar que todo esto no ha nacido aquí por espontáneo engendro de la filosofía, sino que ha sido preparado en lenta gestación

por la fuerza dinámica de tradiciones políticas, inherentes á la evolución misma del país. Las guerras de religión, además, que empezaron después de la Edad Media, casi al mismo tiempo que se esbozaban ya las nuevas nacionalidades, no tuvieron el mismo carácter en los diversos pueblos. En España, por ejemplo, se persiguió á los protestantes y cualquier otra forma de herejía, porque el catolicismo, que había sido el móvil de resistencia en la guerra contra los moros, formaba, después de ocho siglos de semejante ejercicio espiritual, una sola cosa con el alma del pueblo y con la constitución del Estado, completando, bajo Felipe II, eso que Ganivet llamara la Monarquía religiosa y la Iglesia temporal. El caso de Inglaterra fué completamente distinto, y dominada la minoría católica, se vió que el verdadero interés patriótico estaba en el sostenimiento de la Iglesia anglicana, y la cuestión fincó tan sólo en el desligamiento de la autoridad pontificia, que enredada á la sazón hasta en las grescas municipales de Italia, sólo le hubiera dado conflictos sin beneficio alguno. En Francia, el problema fué no menos peculiar, y á ratos pareció una lucha civil de las casas reinantes, á ratos una guerra de regiones; no era la Monarquía contra el individuo como en España, ni la Monarquía contra el Papa como en Inglaterra: eran contrarios bandos del pueblo mismo.

La historia de nuestro país es absolutamente distinta. La Iglesia argentina ha nacido juntamente con la nación, y lejos de hostilizar á la democracia, la ha servido. Mientras el Papa bendecía los ejércitos españoles, los frailes americanos bendecían las banderas de la independencia. Un fraile

salvó en el Congreso de Tucumán la idea de la libertad republicana y otro fraile salvó, en el Congreso constituyente, la idea de la libertad religiosa. Después de aquellas grandes generaciones y aquellos días de esplendor, la Iglesia argentina no ha hecho sino debilitarse y envilecerse. Legalmente, es una simple dependencia de la administración; y sometida á los poderes civiles, no goza sino de la fuerza que éstos quieran concederle. Cuando en las campañas liberales por la educación laica y el matrimonio civil se propusieron vencerla, la vencieron. Cuando en la campaña liberal del divorcio, el Poder Ejecutivo no puso en ello su tesón, resultó vencedora. Si yo fuese ciudadano de la República Argentina y de Francia á la vez, sería acá partidario de la separación del Estado y de la Iglesia, y allí partidario de la subordinación de la Iglesia al Estado. Pero si la Iglesia continuara siendo, como lo fué en el Renacimiento italiano y en la España del siglo de oro, la nodriza del Arte, yo estaría por ella, en cualquier parte del mundo, y sobre todo en América, donde la guerra por la religión de la belleza es la gran guerra de religión que por ahora necesitamos.

II

Riberas de Bretaña.